CXXXI

Domingo, 3 Diciembre de 1826.

Según parece, existen algunas probabilidades de casar á mi Sofía; si esto se realiza, mi obra quedará terminada: entonces podré decir como el viejo Simeón: *Basta, Señor, relevad á vuestro siervo.* El pretendiente es un hidalgo de Mende, en las montañas de Cévennes, llamado M. de Ligonnés. Dicen que es persona de carácter y que posee una fortuna que, sin ser muy grande, será suficiente para que vivan con desahogo: aquel país no es un país de lujo, y mi Sofía es la razón y la piedad misma.

CXXXII

5 Mayo de 1827.

El último domingo, á las once de la mañana, ha muerto mi cuñado, el jefe de la familia Lamartine, á los ochenta años de edad. Su hermana y yo hemos recibido su último suspiro: hasta este momento ha conservado clara su poderosa inteligencia. Su muerte ha sido muy sentida en toda la comarca; era un hombre de talento é ilustración superiores; poseía conocimientos casi universales; su conversación era prodigiosamente interesante y vasta; durante toda su vida fué, puede decirse, el rey de la familia y de esta provincia. Había sido oficial de caballería del rey Luis XV, durante los primeros años de su juventud; su delicada salud le llevó nuevamente á Mâcon, donde se puso al frente de la administración del tan importante como enredado patrimonio de mi padre político, el cual radicaba entre Borgoña y el Franco Condado. Se le tenía como

una especie de oráculo: la comarca entera consultábale todos los asuntos, hasta los más íntimos.

Había estado en relación con todos los hombres eminentes de la Asamblea Constituyente, de la ciencia y de la literatura: M. de Buffon, Mirabeau, los economistas y los filósofos. El ocupaba aquí una buena posición y vivía aquí acompañada de sus hermanas, solteras también: ha legado su finca de Saint-Pierre indivisa á Alfonso y á Cecilia, su sobrina Mme. de Cessia; y sus bellas tierras de Monceau á su hermana Mlle. de Lamartine, quien, á su muerte, las deja á Alfonso. Nadie resolvía nunca nada en la familia sin él ó después de haber dado él su opinión.

Este imperio absoluto sobre la familia habia frecuentemente contrariado mis intenciones, ocasionándome bastantes disgustos; recuerdo los que sufrí cuando el casamiento de mis hijas y al determinar la carrera que habíamos de dar á Alfonso. ¿Quién sabe si al contrariar mi voluntad tenía razón? Yo opino que sí: en fin, gracias á Dios, todo ha terminado felizmente para todos: acaso de aquella oposición que entonces se hacía á mis proyectos, ha resultado el buen acierto que hemos tenido en su realización.

La hermana de mi cuñado ha quedado muy rica, aunque realmente de nada le sirven las riquezas, porque no disfruta de ellas y las reparte entre los pobres: es la santa más delicada de la tierra que he conocido jamás; no tiene nada en su santidad que moleste ni perjudique á nadie; su piedad, cuando sale de la iglesia ó de su oratorio, donde pasa la vi-

da, se convierte toda en dulzura y bondad; tiene la sonrisa de los ángeles en la boca y una transparencia celestial en la mirada; es demasiado escrupulosa para sí misma; no lo fía todo á la generosidad divina y derrama la limosna á manos llenas; las gentes la bendicen y la aclaman como santa.

Los preliminares para la boda de Sofía se han realizada; M. de Morangies, nuestro vecino y pariente á la vez por parte de su esposa, es quien nos ha presentado la demanda y el joven pretendiente.

No me ha desagradado su aspecto modesto y reflexivo, y su porte exquisito, delicado y admirable de todo punto. Creo que es uno de esos hombres rarísimos, que manifiestan á primera vista la seguridad de la dicha que han de proporcionar á su esposa, pero ¡ay! se llevará á mi Sofía muy lejos de nosotros y no vendrán á pasar en nuestra compañía más que seis meses del año! ¿Qué va á ser de mí, sin esta criatura que me quedaba como sombra de todas las demás? Ella cándida como á los ocho años, y espiritual como á los sesenta; era mi consejera y mi confidenta para todo; creo que la costumbre de tener con ella el corazón abierto, ha apresurado su gran madurez de jnicio; en cuanto á su piedad, es todo un ángel y sólo temo el exceso, si es que puede llegar á serlo más; parece una madre de familia; no me cabe duda de si tiene hijos los hará hombres de provecho.

CXXXIII

13 Enero de 1828.

¿Hasta cuándo continuaré escribiendo en este libro? Sólo Dios lo sabe. Comprendo que, á pesar de

mis años, tengo sobre la tierra deseos y pasiones, y esto me aflige; mi corazón, sin embargo, es de Dios, á quien diariamente suplico se apiade de mí.

El estado actual de Francia me horroriza: los periódicos avivan el voraz incendio, que existe no solamente en la opinión sino en los corazones. Hemos tenido aquí grandes luchas con motivo de las elecciones entre M. de Rambuteau y M. Doria; Dios no puede gustar de estos hechos en que se calumnian los hombres mutuamente. M. de Villéle ha sido arrojado del ministerio; todo el mundo se encarniza contra la religión, que es mi único cuidado político. No me agrada por ningún estilo esta continua guerra de invectiva entre los periódicos de distintos partidos. ¿Cómo se comprende esta libertad sin límites que la prensa disfruta y que se dice es una necesidad del gobierno constitucional? Yo temo que este gobierno, del cual esperábamos tanto, no produzca más que tempestades, hasta dentro de las mismas familias; es muy frecuente que el espíritu de los hombres, antes que el espíritu de Dios, sea el que sople en estos desgraciados tiempos. Dentro de este sistema de gobierno no se observa más que vanidad, egoísmo, y deseos de realizar actos que tengan mucha resonancia, sean éstos del género que quiera.

M. de la Maisonfort, ministro del rey en Florencia, ha muerto en Lyon de vuelta de Toscana. M. de Vitrolles ha sido nombrado en su lugar; se cree que no irá hasta pasado mucho tiempo á ocupar su puesto; esto va á detener indefinidamente á Alfonso en Italia. Sofía, mi consuelo, mi sociedad única, mi hija querida, marcha este invierno á Mende. ¡Triste

de mí!... Mi pobre marido está cada día más delicado, puesto que su dolorosa enfermedad va progresando; yo me consagro completamente á él, procurando hacerle olvidar el tiempo, como quisiera olvidarlo yo también, hasta que vuelva mi hijo de Italia. Se habla de nombrarle ministro de Francia, no sé dónde; ¿qué me va á suceder si es su alejamiento un destierro sin fin? ¡Qué triste es el ocaso de la vida, después de una continuada existencia de temores! ¿Dónde me refugiaré yo, si no es en la oración, que me calma siempre, como la conversación de un buen amigo justo, poderoso y sabio? ¡Ah! ¡qué felices son aquellos que creen en esta comunicación sensible de la criatura con el Creador del Universo!

CXXXIV

15 Abril de 1828.

Desde esta mañana me encuentro en Milly, pero por breves momentos. Siempre que estoy aquí me hallo dispuesta á escribir algunos párrafos en este *diario*, descuidado por tanto tiempo, y que ya tenía casi abandonado. Ya no tiene para mí el interés de otros tiempos, ni para continuarlo ni para leerlo de nuevo. Los acontecimientos consignados en él se van alejando, todo huye volando: á medida que vamos envejeciendo, vamos penetrándonos de la vanidad de todo y tenemos por lo tanto menos iuterés en conservar los recuerdos. Ya no me interesan sino los que pertenecen puramente al corazón, y éstos no hay necesidad de consignarlos. No obstante, aun quedan algunas épocas que quiero ir marcando debidamente: servirán más bien para mis hijos que para mí. Las últimas de ellas, las que

pueden conducir á la felicidad celeste, no pueden descuidarse. Voy convenciéndome cada día más de que he entrado en la vejez, á pesar de que no falta quien me diga que no se apercibe de ello, y que estoy conservada como á los treinta años; pero *crecen los hombres tras de mí*, como dice Virgilio, á quien estoy leyendo esta noche en un libro traducido por Boisgermain.

CXXXV

15 Septiembre de 1828.

Mi hijo Alfonso está conmigo; el miércoles 10 del mes corriente llegó aquí, acompañado de su esposa, su madre política y su encantadora pequeñuela, rebosando todos salud y alegría. ¡Gracias mil sean dadas á Dios! Alfonso está, sin embargo, muy flaco, y esto me mortifica, pero es preciso que me acostumbre á ello. He estado muy contenta, muy conmovida y muy ocupada, y á mi edad las grandes agitaciones, sean de alegría ó de pena, resultan peligrosas para la salud ya quebrantada naturalmente; sin embargo, como es necesario conformarse y buscar consuelo, éste se encuentra con facilidad cuando el corazón está contento, lo cual ciertamente es algo difícil en este mundo; á pesar de esto, no me faltan motivos para estar disgustada.

No se puede imaginar una criatura más bonita, alegre é inteligente en todo (con relación á su edad), que mi nieta Julia; es un verdadero tesoro; está perfectamente educada. Su madre va siendo cada día más perfecta, sin la menor afectación, va llenando todos sus deberes religiosos; ha cultivado también

mucho su talento y pinta perfectamente; nos ha traído algunas pinturas bellísimas, entre otras, varias que representan fielmente la figura de Julia.

CXXXVI

Milly, 3 Octubre de 1828.

Desde el lunes 22 de Septiembre estoy aquí completamente sola; he venido para presenciar nuestra pobre vendimia. Alfonso, Mariana, su madre y Julia, partieron el miércoles 17 para Monculot, en donde les han hecho un recibimiento como á los antiguos señores de otros tiempos. Fueron á darles la bienvenida las mujeres, vestidas de blanco, y los hombres disparando al aire sus fusiles. Ellos han dado una brillante fiesta campestre en los grandes jardines del castillo, pues se confunden con los grandes bosques de las inmediaciones.

Desde Monculot ha salido Alfonso para París, en donde ha sido llamado por sus amigos para consultarle sobre lo que llaman golpe de Estado. Alfonso asegura que fracasarán y que los Borbones, á quienes ama como yo, habrán de sucumbir ante el espíritu público en el caso que acepten la batalla. Acaso tenga razón; muchas veces se ve mejor el estado del país desde fuera que de dentro.

Por mi parte estoy aterrada por esta fiebre que veo recrudecerse todas las mañanas en los periódicos de ambos partidos; se me figura que no puede haber nada sólido ni duradero en un gobierno cuando con sus desaciertos convierte en un caos la opinión pública.

CXXXVII

7 Noviembre de 1828.

Alfonso ha regresado á París, donde fué muy bien

recibido por todos, y particularmente por el rey Carlos X. Se le hubiera nombrado inmediatamente primer secretario de Estado en España, si hubiese querido aceptar; él prefiere esperar para ir á Londres, lo cual se le ha prometido para dentro de un año; allí será solamente ministro plenipotenciario. Me ha traído una magnífica araña para mi sala de Mâcon, y bastante dinero, pues ha comprendido que andaba yo algo escasa por mis muchos gastos y recelos de mortificar á mi pobre marido. Estoy muy contenta porque mis hijos quieren pasar el invierno en Mâcon en compañía nuestra; ahora se encuentran en Saint-Point. Alfonso me ha mandado algunos versos que va componiendo, los cuales me han gustado mucho; dice en ellos lo mismo que yo diría si tuviera su talento para expresarlo; es el eco de mi voz, porque yo no dejo de sentir la belleza, pero al pretender expresarla, enmudezco. Esto me sucede también en mis horas de recogimiento místico; en mis meditaciones siento como un fuego dentro del corazón, cuya llama no puede salir del pecho; verdaderamente que Dios no necesita de mis palabras para comprender mis intenciones, pero yo desearía que el fuego que pugna por salir del pecho convertido en palabras, se deslizara poco á poco por mi boca en cantos de alabanzas, en acciones de gracias, en himnos y oraciones; y que después pudieran escribirse, para que por siempre fuera su gloria ensalzada como yo lo deseo en los misteriosos secretos de mi corazón. Doy gracias á Dios porque ha concedido á mi hijo lo que yo deseo para mí: su voz será la mía: sus sentimientos iguales que los míos son.

(Hay aquí unos párrafos, que son un himno de reconocimiento para su hijo.)

CXXXVIII

13 Julio de 1829.

En esta fecha voy á narrar mi viaje á París, el cual, gracias á mi hijo, ha sido una continua dicha para mí. Tuve una satisfacción inmensa al ver de nuevo aquella ciudad de mi niñez, y al conocer los numerosos amigos con que cuenta Alfonso, todos ellos personajes distinguidos por su nacimiento ó sus talentos. Mme. Récamier, á quien dicen que me parezco, me ha dispensado una acogida excelente; he asistido en su casa á una lectura que ha dado M. de Chateaubriand. quien ha leído una tragedia titulada *Moisés*; la figura de este grande hombre me ha impresionado más que sus versos; tiene el aire majestuoso de un rey en medio de su corte. Me gusta más el aire natural y sencillo de otros hombres de gran talento, que estaban allí, y que yo ya conocía desde mi niñez. No obstante, la gloria tiene para mí grandísimo prestigio; creo que si mi hijo alcanzara algún día la más pequeña parte, estaría altamente satisfecha. Pero yo pido á Dios para mi hijo muchas cosas antes que esa gloria, que muy bien pudiera resultar vana, examinada detenidamente.

CXXXIX

21 Septiembre de 1829.

Mi pobre Alfonso es el que me ayuda á soportar los días de mi vejez, de un modo admirable; me colma de obsequios y atiende solícito á mis apuros, sean del género que quieran. Acaba de encargarse

últimamente de pagar, por nosotros, la pensión de tres mil francos que debemos á mi cuñada Mme. de Villars. Consigno aquí todos esos rasgos de su cariño hacia mí, y renuevo entre las satisfacciones de mi corazón, las mil y mil bendiciones que yo debo á Dios por los buenos hijos que me ha concedido.

Alfonso no se encuentra aquí en este momento; está en su propiedad de Monculot junto á Dijón; acaba de rehusar el llamamiento que le ha hecho el nuevo ministro, M. de Polignac, en la creencia de asociar su nombre en un ministerio que no parece del agrado de la opinión. M. de Polignac ha insistido, y mi hijo le ha contestado que de ninguna manera quisiera él arriesgarse á ser cómplice de un golpe de Estado contra la *Carta*: que este golpe de Estado, en su opinión, derribaría los Borbones; que él sabe perfectamente que M. de Polignac no abriga actualmente la intención de darlo, pero que la hostilidad recíproca entre el ministerio y el país, llevarían mal de su grado á M. de Polignac á un resultado fatal; termina rogando á M. de Polignac que se sirva olvidarlo para estos asuntos.

Alfonso me ha mandado esta carta, la cual encuentro, por desgracia, llena de razonamientos que convencen, pero que acaso interrumpirán las relaciones que tiene entre sus amigos, y entorpezcan su carrera diplomática. Yo considero que esto fuera una desgracia para mi hijo, pero estoy contenta de que obre conforme á sus principios, aunque á trueque de perder su bienestar. La opinión es la conciencia de los hombres políticos. Acaso esta conducta le sea favorable para el porvenir, porque las circunstancias han de cambiar necesariamente.

Hay en este momento una plaza vacante en la Academia francesa: muchos académicos, entre otros M. de Lainé y M. Royer Collard, han escrito á mi hijo para que se presente candidado, en la seguridad, dicen, de ser esta vez admitido. El ha rehusado con una altivez que no me atrevo á calificar: dice que donde se le ha esquivado la primera vez, no quiere, á ningún precio, solicitar la entrada nuevamente; como no es posible nombrar un candidato que no visite de nuevo á los académicos, no creo por lo tanto que se le nombre á él. Mi amor propio ambicioso, sale mortificado con esta su determinación, pero que Dios le humille lo celebro *con toda mi alma* (1).

Es forzoso, por lo tanto, que consigne una gran satisfacción que tuve luego; mi vanidad de madre se manifiesta demasiado, ya lo comprendo, pero... En una sesión pública celebrada por la academia de Mâcon, hará unas tres semanas, á la cual asistió una multitud inmensa, todo el consejo general, todas las notabilidades de la ciudad y sus inmediaciones, leyéronse muchos é interesantes trabajos: M. de Lacretelle, un capítulo de la *Historia de la Restauración;* M. Quinet, joven gallardo y distinguido por sus conocimientos, un fragmento de un *Viaje á Grecia;* Alfonso debía recitar versos, se le esperaba con impaciencia; cuando llegó su turno, resonó un aplauso general; la concurrencia se puso en movimiento gritando, la mayor parte, que queria verle; colocóse en un sitio convenientemente elevado para poder satisfacer los deseos del público, y em-

(1) *Avec toute la partie supérieure de mon âme.* De tal modo se lee en el original.—(N. del T.)

pezó por una breve improvisación en prosa, suplicando y agradeciendo la benevolencia de sus conciudadanos y manifestando cuánto era su agradecimiento por el anticipado favor que se le dispensaba; este exordio gustó muchísimo y los aplausos se repitieron con entusiasmo. Luego recitó una epístola dirigida á M. de Bienassis, en la cual se encierran trozos de poesía tiernísima; se le interrumpía frecuentemente con murmullos de aprobación; Mariana y yo estábamos verdaderamente emocionadas; luego se nos colmó de felicitaciones y, por qué no decirlo, de dicha y orgullo; lo cual me parece algo perdonable. Dios lo quiere, y El ve y sabe bien, que lo que yo deseo es que el talento de mi hijo sirva para honrar su santo nombre.

Hablemos ahora de mis hijas, cuyas bellas cualidades me enorgullecen igualmente. Me gusta mucho recitar continuamente y con el pensamiento puesto en Dios, desde las arboledas de Milly, bajo la sombra de la casa que ha visto nacer á todos mis queridos hijos, este versículo de los Salmos: «Señor, ya que habéis sido mi tranquilidad y mi esperanza en los días de mi juventud, no me dejéis abandonado en los de mi vejez! ¡Cuando las fuerzas me faltan, no me retiréis vuestra diestra mano!»

—¡Basta! ¡basta!... Yo debo empezar á reflexionar seriamente sobre la decadencia de mi vida; si miro adelante, corta; y larga si dirijo hacia atrás la vista, porque veo los muchos deberes que he debido cumplir.

CXL

Milly 21 de Octubre de 1829.

¡21 de Octubre!... ¡aniversario del día en que na-

ció mi hijo primero!... me encuentro sola y deseo consagrar este día á las reflexiones que me alientan y fortifican contra la muerte. ¡Cuántas vueltas y revueltas tengo dadas durante mi vida, en estos mis paseos, meditando, con el rosario en la mano unas veces, y otras, plegadas ambas manos, cuando nadie de la casa podía verme, rogando ó meditando arrodillada en la hierba. ¡Ay, Dios mío! ¡lo que hubiera pasado por mí, durante mis tribulaciones exteriores é interiores, sin la caritativa bondad de Dios y si su imagen Divina no se me hubiese presentado en mis pensamientos y no me los hubiese sugerido más santos y más consoladores que los míos, no es posible adivinarlo! Es una gracia inmensa, lo reconozco, que mis aficiones por el recogimiento en Dios, me hayan hecho robar casi diariamente, durante mi vida, algunas horas ó solamente algunos minutos, para ocuparme exclusivamente de él. Hoy es uno de los días en que le he sentido más que nunca, y me he encontrado bañada en llanto, sin darme cuenta de ello, mientras paseaba; parecía que mi vida se rejuvenecía, que mi alma tomaba cuerpo y se disponía á presentarse á mi creador, á mi juez...

¡Ay de mí, que su juicio, próximo á emitirse, sea indulgente!

Yo me he visto á mí misma como si fuese ayer; jugando, niña inocente, entre las alamedas de Saint-Cloud; luego, más tarde ya, joven canonesa, rogando y cantando en el templo del Cabildo de Sallés, triste y pesarosa, cuando no emitía la voz como mis compañeras. . . . . .

. . . . . .

El motivo de no haberme consagrado yo absolutamente á la contemplación de lo eterno, á los cantos del breviario y á las alabanzas del Señor en la soledad de aquel claustro entre lo eterno y mundano, fué... porque ví al que después fué mi marido, joven y buen mozo, vistiendo su brillante uniforme, cuando vino á visitar á su hermana la canonesa Mme. de Villars, en cuya casa había yo sido confiada en tutela, como de mayor edad y más experiencia de la vida.

Entonces pude observar que el gallardo oficial me distinguía entre todas, y que aprovechaba cuantas ocasiones se le presentaban para venir á visitar á su hermana en el cabildo; yo misma sentía también cierto afecto hacia aquella noble expresión, aquella gracia militar, aquella franqueza de su mirada, y aquel su altivo ademán que no parecía amable más que á mi lado. He sentido también la misma emoción de gozo que experimenté y quedó encerrada dentro del corazón, cuando me hizo, por fin, interrogar por su hermana para saber si consentía yo en que me demandase en matrimonio; después, nuestra primera entrevista delante de su hermana, nuestros paseos por los alrededores del colegio en compañía de las canonesas de más edad, la demanda y los grandes obstáculos de la familia, y las muchas lágrimas vertidas durante los tres años de incertidumbres, mientras rogaba á Dios, para obtener el milagro del consentimiento de su familia, que llegó á parecerme imposible; en fin, los años de dicha y de ventura, en la humilde soledad de Milly, tan humilde entonces como actualmente; mi desesperación cuando, apenas casados, él, sacri-

ficándolo todo, incluso á mí, corrió desesperado á París para cumplir su deber de simple voluntario de la casa real durante el célebre 10 de Agosto; la protección divina que le hizo escapar del jardín de las Tullerías cubierto de sangre; su huída, su vuelta aquí, su encarcelamiento, mis inquietudes por su vida, mis visitas á las rejas de su cárcel, donde yo le llevaba nuestro hijo para que le abrazara al través de los hierros, mis excursiones con mi hijo en brazos por toda la ciudad, tanto en Dijon como en Lyon, para enternecer á los severos representantes del pueblo, donde una sola palabra pronunciada por ellos podía ser para mí la vida ó la muerte; la caída de Robespierre, la vuelta á Milly, el nacimiento sucesivo de mis siete hijos, su educación, sus casamientos y la desaparición de la tierra de aquellos dos ángeles, de que los otros... ¡ah! no me consolarán jamás.

¡Y después el descanso que sigue á tanta fatiga! El descanso, sí, al mismo tiempo la vejez, porque yo voy envejeciendo, todo me lo indica con la mayor claridad, por ejemplo: estos árboles que yo he plantado, estas enredaderas que yo misma planté en la parte norte de la casa, con el objeto de que no mintiesen los versos de mi hijo cuando describe á Milly en sus *Armonías* y la espesura que cubre actualmente todo el muro desde los sótanos de la casa hasta el tejado; estas mismas paredes que van cubriéndose de musgo, estos cedros que eran altos como mi última hija Soffa á la edad de cuatro años, y que ahora me dejan pasar libremente bajo sus ramas más elevadas que mi frente; todo, todo en fin, me dice con muda y aterradora elocuencia, que

voy envejeciendo, y que mi vida es corta. ¡Ah! Sí, Dios mío... Cuando veo las tumbas de muchos viejos vecinos que he conocido jóvenes, y sobre las cuales paso yo ahora cuando voy á misa, pienso con tristeza que mi estancia en la tierra no puede ser eterna, y que no puede tardar en abrírseme la eterna mansión: y las lágrimas se me saltan cuando pienso en todo lo que debo dejar á mi partida, mi pobre marido, compañero fiel de mi juventud, que si bien no está postrado en el lecho, sufre continuamente y necesita de mí, hoy para sufrir, como ayer para ser dichoso: después en mis hijos, ¡los hijos de mi corazón!...

Alfonso y su esposa, á la que considero por su ternura y por su virtud como á una sexta hija. Cecilia y sus encantadores pequeñuelos, tercera generación de corazones que aman y que han de ser amados y luego aquellos que faltan y que me siguen como mi sombra sigue al sol poniente, cuando yo paseo y medito en estas soledades. Mi Cesarina, la que fué mi orgullo por su belleza encantadora, sepultada lejos de mí, detrás de ese horizonte de los Alpes, de donde veo continuamente surgir su recuerdo! mi Susana, aquella santa que anticipadamente ostentó alrededor de su frente la santa aureola y que Dios me quitó para que yo pudiera ver en su recuerdo la imagen de un ángel de pureza! Muertos los unos, ausentes los otros!...

¡Otra vez sola, como antes de haber producido fruto alguno! ¡Los unos en tierra, como la de estos árboles, los otros han sido llevados, lejos de mí, por el jardinero del cielo! ¡Ah! ¡Qué pensamientos! Cómo me atraen y persuaden dentro de ese jardín, y lue-

go me arrojan de él, cuando han henchido mi corazón y se va su sangre derritiendo en agua. ¡Ese pedazo de tierra es para mí el *huerto de las olivas*! ¡Dios mío! ¡Este fué para mí, el jardín delicioso que Salomón describe en sus cantos; y hoy, desierto y despojado de atractivos, sirve para que en el pueda recordar mejor la muerte, con el pensamiento puesto en el Salvador del mundo, á quien me figuro con el cáliz de la amargura en la mano preparándome á desprenderse de este mundo impulsado por su divina gracia! ¡Y cuánto adoro yo á este huertecito! Tanto por los vacíos que la muerte y el tiempo han ido haciendo en torno mío, como cuando al dirigir mi vista allá, en el fondo, bajo los tilos para ver si alcanzo á distinguir los vestidos blancos de los pequeñuelos, ó cuando escucho para ver si oiré, como otras veces, las alegres voces de mis hijos al encontrar alguna flor ó algún insecto entre sus espesuras. ¡Qué le he dado yo á Dios para que me diese en propiedad este rincón de tierra y esta casita, de los que algunas veces he me avergonzado por su avidez y su insignificancia, pero que constituyeron el albergue dulcísimo de mi numerosa familia! ¡Ah! ¡Que sea El bendito, bendito mil veces, este nido, y que después de mí pueda abrigar aún á todos aquellos que me sucedan!

Dejemos esto: oigo la campana de Bussieres que toca el *Angelus*; vale más rogar que escribir. Secaré mis lágrimas y diré para mí sola, aquel rosario al cual mis pequeñuelas respondían siguiéndome otras voces, y que oirán hoy solamente los gorriones que se acuestan debajo de las hojas ó en las grietas de las piedras. No, no, mil veces no, es un error perjudicial enternecerse, es preciso guardar las fuerzas para los deberes que estoy obligada á llenar; cuando se está sobre el borde de la tumba, las lágrimas, dice, no sé en qué parte, la Escritura, debilitan el corazón del hombre. ¡Hoy necesito del mío como en mis tiempos mejores!...

CXLI

Sigue á lo escrito, un pequeño volumen conteniendo detalles puramente domésticos, cuyo interés para nosotros disminuye en relación á las circunstancias á que se refiere. Todo ello termina con una página que parece un ¡adiós! á su manuscrito y que copio á continuación.

*
* *

¿Dios lo dispone así? ¡Hágase su santa voluntad! En resumen: toda sabiduría consiste en resignarse por adoración á su voluntad. Estoy muy ocupada en ordenar mis anteriores *diarios*, lo cual hace que vuelva á leerlos con interés. Esta lectura me llena cada día más de reconocimiento por todas las gracias que he recibido de Dios, y me arrepiento por haber adelantado tan poco en la piedad y el bien, después de las mejores intenciones y resoluciones que yo tomaba frecuentemente con escaso provecho. Pero aun es tiempo, que siempre lo tenemos mientras Dios nos deje la vida; aun es tiempo de aprovecharla para ganar el cielo; esto es lo que yo pido con toda mi alma al terminar este libro rogándole derrame sobre mí y sobre todo cuanto me pertenece, sus espirituales bendiciones. En cuanto á las bendiciones temporales, ¿para qué he de pedir-

selas mientras no sean necesarias para el cielo? De todo corazón me entrego á tí, Dios mío, y gustosa acataré tus paternales decretos. ¡Dame tu bendición para mis hijos, y para mis amigas, para aquellos que me aman y á lo que yo tanto he amado en este valle de lágrimas! . . . . . .

. . . . . .

Estas son las últimas palabras que mi madre escribió en la última página de su diario.

CXLII

Esto es lo que resta aquí en la tierra del alma pura de aquella santa y encantadora mujer.

Lo demás está escrito en el alma de sus hijos, en las tradiciones de la humilde aldea en que vivió por espacio de cuarenta años, y en los recuerdos, siempre sonrientes como ella, de aquella sociedad verdaderamente ática de Mâcon, donde su recuerdo cuenta tantos amigos como mujeres contemporáneas suyas existen.

El resto del manuscrito de nuestra madre no tiene interés ninguno para la tercera generación de sus descendientes; son las bagatelas de su virtud. Cualquiera de los pequeñuelos de hoy, que sienta curiosidad de conocerlas, las encontrará escritas de su puño, entre los dieciocho pequeños cuadernos originales, que les transmitiré tal como los he recibido, de un inventario de los afectos del corazón. Allí la encontrarán á ella, bajo las mil formas de la madre de los pobres, y de la mujer piadosa, derramando los más íntimos misterios de sus escrúpulos y de sus humillaciones ante Dios.

Aquí se encuentran los ardores y la ternura de

su alma, en los ejercicios cotidianos, en el campo ó al pie de su cama; allá las asistencias á las ceremonias religiosas, sus exámenes de conciencia la víspera de los días en que debía acercarse purificada á la mesa eucarística; acullá, las diarias y numerosas economías domésticas, hechas para ejercer la caridad que debía sostener con el trigo de sus graneros, el vino de sus viñas, los sarmientos de sus cepas, la leche de sus vacas y los huevos de su gallinero; los precios del pan, la manteca, el azúcar, las legumbres durante este ó aquel mes del año; el cálculo continuado para reducir la frugalidad de la mesa á las escaseces de la cosecha, y para poder sufragar constantemente, sobre sus necesidades, la gran parte destinada á los pobres y los socorros furtivos que proporciosaba á su hijo; mas lejos, se encuentran recetas cuidadosamente registradas y comentadas contra las enfermedades comunes á las gentes del campo: un tratado completo de medicina rural que ella ejercía á cualquier hora del día y en particular en la entrada de la casa de Milly, siempre llena (sobre todo por la mañana) de imposibilitados, viejos, mujeres y criaturas enfermas, que su fama de bondadosa y entendida atraía de más de veinte aldeas cercanas, y que venían como en romería á visitar aquella santa; en fin, están también allí las noches pasadas á la cabecera de sus hijos delicados ó de los enfermos de la aldea, y las apuntaciones técnicas que tomaba durante sus horas de vela de los experimentos y cálculos que hacía sobre los síntomas, los accesos, los recrudecimientos de la fiebre, y las zozobras ó esperanzas que producía la enfermedad ee el paciente.

¡Cuántas veces, hasta las mismas sábanas de su cama, que tomaba de su armario y rasgaba á medida de la necesidad, servían para vendar las llagas del viejo indigente, que curaba ella con sus propias manos! Otras, venciendo con su pensamiento, toda repugnancia, de igual manera se acercaba al lecho de muerte, que servía las más débiles necesidades del enfermo, descollando siempre por el vigor de su fe, por la energía de su carácter, y por su gran fuerza de voluntad.

Y al terminar sus obras de caridad, lavadas sus hermosas manos, enjutos de sus ojos de las lágrimas vertidas por males ajenos, cambiado su vestido de seda gris, por otro elegante y sencillo, volvía otra vez entre la sociedad, suelto el espíritu, abierto el corazón, con la graciosa expresión de la dama discreta y sociable, animando las conversaciones, expansionando el corazón ajeno, llevándose con su serenidad las penas y sinsabores de las almas, como se lleva el viento tibio de la primavera entre sus torbellinos, las hojas secas de la noche para dejar en libertad de abrirse á los botones de las nuevas flores. Se la adoraba, sin que ella hubiese pensado jamás en hacerse adorar, en todas las irradiaciones de su carácter y de sus hechos. El rostro de los aldeanos que la veían pasar acompañadas de sus hijas para ir al templo ó viniendo de visitar sus chozas, tomaba una expresión tierna y grave á la par, como si fuera la imagen de la caridad la que pasaba por su lado.

Ella entonces estaba satisfecha; todos los acontecimientos de su vida parecían haber desfilado ante sus ojos, y un prolongado y apacible horizonte se

extendía á su vista. La vejez robusta y varonil de su esposo iba venciendo sus enfermedades dolorosas, pero no mortales, viéndose que el cielo le reservaba para más largos días que á los demás miembros de la familia, alcanzando en efecto, sin decadencia de corazón ni de espíritu, hasta la edad de noventa años. Su hijo, que había sido por mucho tiempo el tormento de su espíritu, se había ya vuelto juicioso; habiendo atravesado las tormentas de su primera juventud sin tocar aún el medio día de la vida, calmado y satisfecho por un casamiento conforme á su corazón, viviendo en Italia, su país predilecto, por razón de su empleo en la diplomacia, en el lugar más risueño de Europa, satisfecho del rango secundario, pero honorífico que ocupaba; cubierto además, antes de tiempo, de cierta aureola poética, que solamente refluía en el corazón de su madre, sin excitar la cólera de los envidiosos, estuvo en aquel entonces con licencia en París, llegando á ser nombrado (sin ningún género de intrigas) miembro de la Academia Francesa: gloria oficial de las letras que jamás le alucinó ni engañó á él, pero sí alucinó y engañó agradablemente el corazón de su anciano padre. Este, que se había acostumbrado á mirar desde su provincia el título de miembro de la Academia Francesa, no solamente como una especie de consagración de la gloria de un hombre, sino de una familia, como un sacramento de la fama legítima y contra el cual la posteridad no osaría protestar jamás, estaba en extremo satisfecho. Su madre gozábase por fin pudiendo decir á toda la familia de su marido: «Ya estáis viendo como eso que llamábais mis ilusiones de madre

no ha sido una quimera como decíais vosotros; ya veis como yo tenía razón cuando os pedía paciencia y perdón por algunas ligerezas de aquel hijo querido, que ratifica por fin mi ternura honrando vuestro linaje.

Su hijo se ocupaba entonces en hacer el obligado discurso de recepción, que debía por la primera vez presentarle en aquella tribuna literaria, desde la cual ardía él en deseos de elevarse á su tiempo, á la tribuna política, blanco constante de todas sus aspiraciones.

El esperaba defender á la vez, siguiendo las huellas de M. de Serres y de M. Lainé, sus maestros y sus modelos, los Borbones, el ídolo de su padre, y la constitución liberal, satisfacción entonces de su espíritu. Quería él defender las instituciones y sus principios contra las reacciones de la monarquía, y contra los impacientes de la república, cuyas aspiraciones habían de empezar á cumplirse después de la revolución de julio de 1830 y la de febrero de 1848, cuya hora no había sonado aún con el toque de rebato de las dos revoluciones de julio de 1830 y de febrero de 1848.

EPÍLOGO

Nos encontramos á fines de otoño del año 1829.

Así en las esferas gubernamentales, como en los partidos políticos que ansían el poder, existe una pasión que con frecuencia degenera en odio de uno á otro bando. Efecto del delirio y la fiebre que domina los espíritus, la Francia se encuentra en continua zozobra.

El primer minitro, que lo era á la sazón el príncipe de Polignac, habíase propuesto hacer que yo fuese á París á ocupar la dirección de los Negocios extranjeros; continuamente recibía yo cartas amistosas en las que insistía en sus deseos; al fin, sucumbí, pero no para aceptar el cargo que se me ofrecía, sino para explicar franca y terminantemente los motivos que tenía para renunciar el empleo con tanta obstinación ofrecido.

Amaba yo al príncipe, es cierto, pero su política me hacía temblar; hubiera yo querido, cuando hablaba con él, separar á un lado el hombre, al otro el ministro divorciado de la opinión pública.

Bien claramente había yo manifestado, en mi discurso al ingresar en la Academia Francesa, mi re-